Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII | San José, Costa Rica | 1946 | Sábado 25 de Mayo | No. 15

Año XXVI — No. 1003

MAX JIMENEZ,

PINTOR AMERICANO EN LA ESCUELA NORMAL

(En el *Rep. Amer.*)

La Jefatura Técnica de Educación Primaria ha cumplido con una obligación de cultura ante los maestros dándoles la oportunidad de apreciar el trabajo de los artistas. Hoy vienen los pintores, y es Max Jiménez el que se presenta; Max Jiménez el discutido, el de las formas hercúleas, embarazadas de pensamientos interrogantes.

Max Jiménez está con sus cuadros en la Sala Magna de la Escuela Normal de Costa Rica; en la sala en donde los pensamientos hermosos y profundos alcanzaron siempre magnitudes desconcertantes. Max Jiménez es un pensamiento más en esta sala, desconcertante también por la magnitud y por la inquietud de color y de forma, de armonía y de expresión de pensamiento, de alma indomable y sin embargo sensible y luminosa.

Max Jiménez es un artista nuevo en la expresión de la forma, vigoroso y profundo en la interpretación de la inquietud humana: de la inquietud del dolor y de la tortura del espíritu; de la inquietud de la frivolidad; de la inquietud de la estupidez; de la inquietud de la tristeza quemada de los trópicos; de la inquietud de la mirada vertida sobre la propia existencia; de la inquietud de la masa amontonada, inflamada, con hinchazones de perpetua gestación; de conmovedora y profunda gestación.

Estamos arrancados del molde clásico que inmortalizaron los artistas. Con estos ojos acostumbrados a una relación de formas entramos a esta sala y nos sentimos desconcertados en el primer instante. Con este molde clásico vamos como acostumbrados al ritmo de una danza conocida, buscando semejanzas y encontrando semejanzas. Buscamos escuelas y técnicas, influencias y maestros, lugares y épocas. Frente a estos cuadros estamos como en lo más solitario de una selva enmarañada y agreste; como en la plena soledad del mar sin rumbos. Tenemos que descubrir nuestro propio camino; orientarnos de nuevo en nuestra sensibilidad; profundizar con las dudas en nuestro propio pensamiento. En el mundo del arte en que han estado nuestros sentidos no caben así, de pronto, los cuadros de Max Jiménez. La misma impresión tendrá el danzarín de los valses de Straus escuchando un concierto de Bach.

Podemos tratar de buscar, sin embargo, el fuerte pensamiento del artista en armonía con nuestra inquietud intelectual y con nuestra emoción. Observemos entre tantos



Hambre bajo el sol

(*Max Jiménez*)

motivos, las manos que se destacan en esas pinturas de Max Jiménez. En las manos busquemos solamente algo: un trazo, forma, posición, en suma, expresión. Cerremos los ojos suavente y detengámonos en la expresión de esa mano y luego asociemos la figura íntegra; imaginemos el instante: el mar, el cielo, la montaña, la nada. Ahora estamos nosotros viviendo en el cuadro. El mundo está arremolinado, efervescente y nosotros nos levantamos en él como un índice de color y de forma sutil. ¿Será todo eso en emoción, lo que el alma creadora y creciente logra expresar sobre esa masa de carne —el mundo efervescente— a la que el hombre está encadenado, a la que el alma, con finura y destello de llama, está encadenada?

En la obra de este artista hay cumbres para la emoción delicada y profunda y para el pensamiento reflexivo, cazador de imágenes y de simbolismos tallados en roca. Hay color armonioso y severo (todos lo han dicho) y hay austeridad; austeridad de gigante. Mas, qué finos y expresivos son los trazos en algunos rostros; qué perfecta armonía en las líneas del conjunto; qué imborrable es el gesto que tratamos de encontrar. Y luego, ¿por qué hay en la pintura de Max Jiménez esa abundancia de sangre mulata siempre en actitudes nobles? ¿Por qué esos ojos orientales, excavados en mármol griego, mirando hacia dentro con una infinita quietud de yogas? ¿Por qué a veces esa primera impresión de las pinturas de Max nos planta como en una maravillosa exposición de estrambóticas pinturas de niños? ¿Verdad que hay en la pintura de Max esos trazos geniales de las pinturas de los niños? (Hablo de los niños que no han crecido en la «cazueleja» pedagógica). Se me ocurre decir que el artista sigue siendo un niño con su mundo de emociones y de pensamientos maravillosos. ¿Y acaso no es un hombre como otros? ¿Y, acaso hemos comprendido a los niños...?

Pero decíamos, ¿por qué esa sangre mulata corriendo en masa pujante, como granito y bronce mezclados, en estos cuadros de Max Jiménez? ¿Por qué esta sangre híbrida, robusta, en culminación simbólica de raza nueva en el mundo? ¿Por qué a pesar de París, y de Italia y de Londres y de toda la escuela clásica, Max Jiménez hierve en estas moles austeras, de piel y de gesto mulato? ¿Por qué ante los cuadros de Max se nos quiebra esta sensibilidad presuntuosamente europea?

El mulato es el hombre de América; el híbrido fecundo y futuro de América; de toda nuestra América. Aquí está, hirviendo en crisol de color, la esperanza y la aspiración de una raza y de un continente; aquí está la carne sufrida, en masa, retorcida en el silencio trepidante de las hogueras; en la sangre de las revoluciones, en los ideales y en los sueños sin nombre... Aquí están los grandes templos de Teotihuacán y del Cuzco; aquí están—heroicos y grandes—Caupolicán y Moctezuma y Guatimozín; aquí están, fieros y libres y justos, el acrisolado Juárez y el encrespado Páez; aquí está la finura clásica y diamantina de Bolívar, de Sucre y San Martín y la antorcha apostólica del alado Martí; aquí está, abierta en las bocas africanas, la voz humana de Lincoln y el gesto de Jefferson y de Washington asistiendo el alumbramiento de un continente de hombres libres. Aquí está, en esta masa de carne mulata, agitada y agigantada, la aspiración del hombre de babélicas inquietudes; la aspiración del hombre en el mundo nuevo de América.

R. CORTES CHACON

Heredia, Costa Rica, 1946.

POEMAS VENEZOLANOS

de NICOLAS GUILLEN

(En el *Rep. Amer.*)

TRES SONETOS EN LOS QUE SE HABLA DEL AVILA

I

DESPEDIDA A CARACAS

A Miguel Otero Silva

Hoy al partir mi oscura mano suelta
triste paloma de asustado vuelo;
sus alas bate en torno a tu desvelo,
blanca en el aire en que te ves envuelta.

Hacia ti la mirada siempre vuelta,
centinela de tierra, mar y cielo,
el Avila me dió su verde hielo,
su túnica toqué de roca esbelta.

Vine, Caracas, de mi amargo suelo
para traerte una canción, revuelta
con el azul que Cuba da en su suelo:

al aire puro en que te ves envuelta
triste paloma de asustado vuelo
hoy al partir mi oscura mano suelta.

II

LOS BARRIOS POBRES DEL AVILA

A Ernesto Mandé

El Avila de noche resplandece
como un bazar de ingenua estrellería;
tierra cuya inmediata astronomía
la de un cielo más próximo parece.

Dios se asoma al abismo: lo enternece
tanta invención, esa juguetería;
detuviera la máquina del día,
pero el sol no hace caso, y amanece...

Entonces brota de aquel cielo, brota
de aquel pequeño cielo el alma rota,
donde su lumbre dan, postrera [y mustia,

estrellas de existencias estrelladas,
cometas de hambre, lunas desa- [huciadas,
y un fijo sol de rencorosa angustia.

III

INVITACION A UN JOVEN

A Juan Liscano

Tú, que buscas telúrico y sin guía,
muchacho de reciente arquitectura,
la piedra en que nacer a tu escultura
y el general sentido de tu vía;

tú, que no has mancillado todavía
la gorda tela de tu veste pura,
y andas por la montaña y la llanura
con tu activo bastón golpeando el día;

tú que al ritmo del pico y de la azada
ver surgir de la tierra, como el griego,
esperas otra Venus asombrada,

¡oh joven! prende el lampadario ciego,
y a la sombra del Avila dorada
corre a sembrar tu corazón de fuego.

—

SON

A Vicente Gerbasi

Con mi tres o con su cuatro,
cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—Canto en Cuba y Venezuela,
y una canción se me sale:
¡Qué petróleo tan amargo,
caramba,
ay, qué amargo este petróleo,
caramba,
que a azucar cubano sabe!

Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—La misma mano extranjera
que está sobre mi bandera
la estoy mirando en La Habana:
¡pobre bandera cubana,
cubana o venezolana,
con esa mano extranjera,
inglesa o americana,
mandándonos desde fuera!

Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—Zamora, véngase acá,
tráigase sus huesos juntos,
y dejando a los difuntos
camine y despierte ya.
Aquí este bojote está
muy parecido al sesenta:
el que puede, se calienta,
el que no, se pone a enfriar,
y a la hora de contar
todos enredan la cuenta.

Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—Ando a pie, bebo parado,
me buscan cuando hago falta,
y mi cobija es tan alta,
que duermo sobre ella echado.
Este es mi canto cerrado
que en vez de cantar, recito;
ahora lo canto pasito
porque es cosa suya y mía,
pero así que llegue el día,
en vez de cantar, lo grito!

¡Grite, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

GLOSA

A UNA COPLA DE ANDRÉS ELOY BLANCO

I

No sé si me olvidarás,
ni si es amor este miedo;
yo sólo sé que te vas,
yo sólo sé que me quedo.

Andrés Eloy Blanco

Como la espuma sutil
con que el mar muere deshecho,
cuando roto el verde pecho
se desangra en el cantil,
no servido, así servil,
sirvo a tu orgullo no más,
y aunque la muerte me das
ya me ganes o me pierdas,
sin saber si me recuerdas
no sé si me olvidarás.

II

Flor que sólo una mañana
duraste en mi huerto amado,
del sol herido y quemado
tu cuello de porcelana.
Quiso en vano mi ansia vana
taparte el sol con un dedo:
hoy así a la angustia cedo,
y al miedo la frente mustia . . .
No sé si es odio esta angustia,
ni si es amor este miedo.

III

¡Qué largo camino anduve
para llegar hasta ti,
y qué remota te vi
cuando junto a mí te tuve!
Estrella, celaje, nube,
ave de pluma fugaz,
ahora que estoy donde estás,
te deshaces, sombra helada...
Ya no quiero saber nada,
yo sólo sé que te vas.

IV

Adiós! En la noche inmensa
y en alas del viento blando,
veré tu barca bogando,
la vela impoluta y tensa.
Herida el alma y suspensa,
te seguiré, si es que puedo;
y aunque iluso me concedo
la esperanza de alcanzarte,
ante esa vela que parte...
yo sólo sé que me quedo.



Paisaje (*Max Jiménez*)

VARLOVENTO

A Oscar Rojas Jiménez

1

Cuelga colgada,
cuelga en el viento,
la gorda luna
de Barlovento.

Mar: Higuerote.
(La selva untada
de chapapote).
Río: Río Chico.
(Sobre una palma,
verde abanico,
duerme un zamuro
de negro pico).

Blanca y cansada
la gorda luna
cuelga colgada.

2

El mismo canto
y el mismo cuento
bajo la luna
de Barlovento

Negro con hambre,
flaco, bien flaco,
como un alambre.

Negro en camisa,
tuberculosis
color ceniza.

Negro en su casa,
cama en el suelo,
fogón sin brasa.

¡Qué cosa cosa
más triste triste,
más lastimosa!

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada).

3

Suena, guitarra
de Barlovento,
que lo que digas
lo lleva el viento.

—Dorón dorando,
mi negro canta
y está llorando.

—Dorón dorendo.
ni yo me alquilo,
ni yo me vendo.

—Dorón dorindo,
si me levanto,
ya no me rindo.

—Dorón dorondo,
de un negro hambriento
yo no respondo!

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada).

NICOLAS GUILLEN

Caracas, 1946.

Bogotá, mayo 1°-46.

Amigo García Monge:

Aquí le van esos poemas, por si les parecen buenos para «nuestro» Repertorio.

Lo saluda, su invariable,

NICOLAS GUILLEN

Carrera 9a., 17-92, 4° piso, Bogotá.

DOS CUENTOS DE PATRICIA COX

(En el *Rep. Amer.*)

TIERRADULCE

Se sentía de barro, como aquel Licenciado Vidriera creado por el genio privilegiado de Cervantes, pero con la diferencia de que no siendo de vidrio era el suyo un barro hermoso, de cambiantes colores y de brillo sorprendente. Reverberaba a la luz del sol y por las noches su color se hacía uniforme, o si llovía, su piel desprendía olor a tierra mojada y adquiría un color negro, como la tierra de aquellos sembradíos inmensos que abarcaba su mirada.

Se llamaba así mismo Tierradulce, y no sabía cómo se había realizado aquel milagro. Primero fué una mano la que empezó a sentir endurecer y colorear como el barro; después, el brazo, y así, poco a poco, acabó por convertirse en una ánfora ambulante que adquiría colorido, según eran los caprichos del sol.

Caminaba con la cabeza inclinada y con el cayado a la defensiva. Eran su terror las pedradas y los pelotazos de los chicos y andaba con excesivo cuidado fijándose de no tropezar.

Aseguraba conocer los secretos de la tierra. Ella se había convertido en la sangre de su ser y su arcilla milagrosa daba forma a aquel cuerpo que era el suyo, porque «polvo somos y al polvo hemos de volver»; y era el suyo polvo de aquella tierra.

Y contaba cosas extrañas. Algunas veces había visto florecer orquídeas de las yemas de sus dedos, y otras, los manantiales habían fluído transparentes y musicales de sus pies apoyados en el campo. Ni el agua ni el bosque tenían misterios para él y conocía la voz de la tormenta. Era el juglar de la tierra.

Sabía del misterioso lugar donde el Creador guardaba los tonos del crepúsculo y le había visto pintar a los pájaros con las gamas del arcoiris: conocía el color del viento y del agua y aseguraba que eran música los colores. El mar era la sonrisa de Dios y las estrellas los ojos de la Virgen.

El había sido escogido por el Todopoderoso para enseñar el camino de la verdad y nadie le hacía caso; nadie creía también que su cuerpo fuera hecho de barro y se reían cuando hablaba de sus anteriores reencarnaciones, cuando había sido una esponja perdida en el mar, y luego pez, y después un oso, y más tarde un sacerdote que recorrió los caminos de Tenochtitlán aprendiendo los secretos de culturas y religiones antiguas para volver a lo que había sido siempre: tierra hecha arcilla en cuerpo humano.

Estaba desencantado ee la humanidad, descreída y cruel, que vivía apartada del verdadero camino y andaba a ciegas entre un intrincado laberinto de cosas que llamaba

civilización; que había inventado máquinas infernales para hacer multitud de ruidos. Ya los hombres no conocían la dicha de utilizar los pies, de vivir en la paz bucólica de los campos y en la quietud de los bosques. Destrozaban a los animales que ningún mal les causaban, para devorarlos. Cuando Dios lo llamara para preguntarle su nueva experiencia, le pediría que volviera a hacerlo esponja y que lo arrojara en algún mar lejano, adonde no llegara la mano del hombre, enemigo implacable.

Le gustaba andar por los caminos y por las noches dormía tranquilamente en la cuna materna, la tierra, que cada día le confiaba un nuevo secreto. El sabía cómo se pintaban las flores en la entraña madre y no ignoraba cuando el año era bueno para la siembra, si las lluvias serían tempranas y si el granizo destruiría las cosechas. Recogía las lombrices porque eran sus hermanas, y los caracoles y las ranas estaban seguros de su protección.

Los pájaros se acercaban a él y los mendrugos de pan abandonaban el zurrón mugroso para desaparecer en los picos hambrientos. Le seguían los perros, y los chicos gustaban de escuchar sus disparates. En su infantil asombro, envidiaban las hazañas de aquel hombre que no tenía necesidad de peinarse, ni de asear sus ropas y usar zapatos.

Gustaba bañarse y chapotear en el río; decía que éste desprendía perfumes exóticos y aumentaba el brillante color de los matices de su cuerpo.

Aquel año el invierno fué crudo, la nieve cubrió los campos y todo el verdor desapareció envuelto en un sudario inmenso. Detuvieron su cauce los arroyos y el ánfora de barro, sin cobijo ni refugio, sucumbió en aquella inmensidad blanca.

Cuando la madre tierra abrió su entraña amorosa para recibirlo, había en su cuerpo el color parduzco de aquellas tierras morenas que le habían dado vida cuando él, a la orilla del río, se convirtió en arcilla bendita que guardó el alma de aquel peregrino que recorrió el mundo desde que era una esponja perdida en el mar, hasta que, convertido en ánfora, recogió los matices del sol en los relieves de su cuerpo.

DIOS

Antes de que naciera, sus padres decidieron llamarle Dios. Ni más ni menos.

Y Dios nació como todos los mortales y creció en aquel pueblo triste, polvoso, entre un paisaje que se extendía entre rocas lisas y mezquites austeros, limitado por un río turbio que cada año se desbordaba invadiendo las milpas con un lodo amarillento.

Dios fué a la escuela como todos los rapaces de su pueblo. Aprendió a mal contar y a medio escribir y muchas veces se preguntaba acerca de la utilidad de aquellos inútiles estudios. Había muchos sembradores y caporales que no habían ido a la escuela, pero que sabían muchas cosas más interesantes que leer y escribir: sabían cuando el año era puebo y hacía pronósticos desde cabañuelas; conocían el arte de herrar un caballo y la manera de curar al ganado.

Dios distribuía su tiempo entre la escuela y las charlas con los pastores.

Un día supo que el mundo era más grande que su pueblo, que se extendía más allá de los pastizales secos y de los montes pelones que dominaba su vista, y la sed de aventura se apoderó de él.

Discurrió que en los libros estaría encerrado el secreto del mundo y se dió a leer vorazmente cuanto libro llegaba a sus manos. Revolvía los tratados de enfermedades del ganado con la Historia Patria, y el Catecismo de Perseverancia con los Tres Mosqueteros. Así hizo su cultura, llenándose la cabeza de ideas a cual más disparatadas.

Resuelto a ahondar su incipiente sabiduría, abandonó el solar paterno en busca de horizontes amplios donde cultivar su talento.

Y el pueblo se quedó sin Dios; triste, árido, seco, con sus caminos solos y sus montes rocosos que pintaba el crepúsculo sangrante.

Y un día, muchos años después, cuando las canas empezaban a blanquear su cabello, Dios regresó a su pueblo.

Surcos profundos habían cavado los años en su rostro, el andar era cansado y vaga la mirada, como perdida en la inmensidad de su paisaje natal tostado por el sol.

Venía a que su pueblo lo postulara para las elecciones presidenciales. Había encontrado la manera de resolver los infinitos y tremendos problemas que afligen a la humanidad desde tiempos sin memoria.

Cuando él gobernara, no existiría la desigualdad social; habría pan y trabajo para todos: el dinero, el maldito dinero, sería perseguido, escarnecido, y su dorado poder aniquilado... Dios tenía en sus manos la resolución de todos los problemas; que su pueblo lo apoyara y lo llevara al máximo poder y vería por fin la Luz, al Paraíso Prometido a la humanidad por Moisés y sus Profetas en nombre de Jehová.

Pasaba las horas haciendo promesas, encariñando a su pueblo con la idea de un futuro lleno de bellas realidades.

Por las tardes, a la puesta del sol, se encaminaba al río. Sentado sobre una piedra, miraba el crepúsculo romperse en gamas de morado sobre las piedras imponentes gran diosas. El agua turbia del río se arrastraba despacio, pesada, en hilos amarillos desparramados sobre el cauce ancho y arenoso. La noche caía del cielo lenta, envolviendo los montes y los valles en su cauda de sombras. Todo era silencioso y quieto, majestuoso y árido.

Y Dios pensaba en su gran secreto —secreto a veces— perdido en aquella inmensidad de sombras y silencio:

Secar el mar... aplanar los cerros... destruir los montes. Hacer de la tierra una superficie amplia para cuadricularla y repartirla entre los hombres. He ahí la solución en que nadie había pensado... la cuadratura del círculo.

Y él, teniendo autoridad divina para hacerlo, impotente entre los hombres, perdido en aquel mísero rincón del Planeta, postergado por aquel su enemigo sempitermo que era el Presidente de la República... ¡Si su pueblo tuviera confianza en él y lo apoyara...!

Meditando aquellos fantásticos proyectos, Dios volvía todas las noches a su casona, arrastrando los pies por el camino polvoso, evitando tropezar en la oscuridad que rompía la lámpara devota que iluminaba débilmente la esquina, ante la imagen de San Pedro Apóstol, para llegar al zaguán ancho, donde el perico dormitaba encaramado en su aro de madera.

—Cuadricular el mundo...

Y el perico, como respondiendo a la voz interior de su amo, murmuraba entre sueños:

—Cuadricular el mundo...

PATRICIA COX

México, D. F., 1946.

Nace el hombre y sabe donde nace pero no sabe dónde va a rendir su última jornada. Sale uno de la casa con un fin y en la esquina le tuercen el camino que uno llevaba, las circunstancias. Un polvillo en un ojo hará a uno ciego por unos instantes y no ve a la persona que probablemente fué a buscar. Sé de un amigo que se dispuso a ir de un pueblo a otro a ver a su novia. Iba en el volante del carro, una avispa se introdujo en el carro, le picó violentamente un párpado y se desvió el chico enamorado habiendo ido a dar con su carro por un precipicio. Esto lo contó el único compañero superviviente que pudo saltar por una ventanilla y engancharse en un árbol. Pequeños detalles han cambiado el rumbo de la historia. Buscamos grandes causas para un asunto histórico trascendental y todo está en un vasito de agua o una palabra mal dicha o el egoísmo personal de un hombre pequeñín.

Tomaba yo el tranvía para dirigirme al Hotel Condado, en el reparto aristocrático del Condado en donde se le estaba dando un agasajo a la periodista cubana Mariblanca Sabas Alomá. Después del agasajo iba a oír la tercera conferencia que estaba dictando sobre Rubén Darío en la Universidad de Puerto Rico el poeta español Pedro Salinas que ahora nos visita afortunadamente para los cientos de oyentes que le escuchan. Empezó sus conferencias en una pequeña aula para setenta personas y concluyó yéndose al teatro de la Universidad en donde cabía cómodamente el enorme gentío que fué a escucharle. Pedro Salinas ha sido un EXITAZO con letras mayúsculas aquí en Puerto Rico. Sus cátedras las han llenado profesionales, estudiantes principiantes, literatos y hasta mecánicos que aman la poesía. Es un auditorio muy heterogéneo. Entre los literatos vemos a la Dra. Concha Meléndez, a la Dra. Margot Arce; al novelista Enrique Laguerre; a los poetas Carmelina Vizcanrondo, Carmen Alicia Cadilla, Manrique Cabrera, Miranda Archilla, Amadeo Matos Paoli; Marigloria Palma; al pintor Cristóbal Ruiz, a don Fernando de los Ríos, a la pedagoga Carmen Gómez Tejera; a los periodistas Mariblanca Sabas Alomá, José S. Alegría, y otros y otros. Todos nos damos cita en las clases de Pedro Salinas. Sus cátedras serán siempre recordadas como las del Dr. Federico de Onís, del Dr. Fernando de los Ríos, del Dr. Amado Alonso. El poeta Salinas empapa el ambiente de sándalo y a todos nos ha encerrado en su cajita. Creo que Ruben Darío ha tenido dos grandes exégetas: uno es Arturo Marasso y el otro, Pedro Salinas.

Pero me estoy encampanando en el cometa del entusiasmo con Salinas y estoy dejando a mi figura central del artículo. A Salinas le dedico artículo aparte. ¿Por dónde iba? Sí, que había hecho planes para irme después del agasajo a Mariblanca Sabas Alomá a oír a Pedro Salinas. Pero no sucedió así. Al lado mío en el carro eléc-



RICARDO ODNOPOSOFF EN PUERTO RICO

(En el *Rep. Amer.*)

trico se sentó un jovencito con un violín. Ojos azules, cara limpia de hombre bien, manos suaves y blancas. Leía yo la obra de Amado Alonso sobre Pablo Neruda, lo cerré y quise recordar la cara del joven recién llegado. Sí, era Ricardo Odnoposoff, el virtuoso violinista argentino que había seducido al público portorriqueño con sus dos conciertos en una misma semana, y esa noche de ese día de mi encuentro tocaba el tercer concierto a petición de miles de personas que le oyeron. Yo no lo había podido oir en ninguna de las dos ocasiones anteriores. Una noche que me disponía a ir caí enfermo y la otra no tenía dinero. Sentía en el alma que se fuera sin oirle. Esa noche no podía ser, tenía que continuar con Salinas. Le hablé al cabo de unos minutos que echó a correr el carro y le pregunté por su nombre. Era de padres rusos, nacido en la Argentina, pero se sentía tan argentino como Martín Fierro. Es la fuerza de esa tierra maravillosa de la Argentina, de esa patria noble, de ese gran pueblo, centro y eje de la política sudamericana. Me preguntó si le había oído y me dolió decirle que no y me dolió más pues fué después de larga charla y que nos hicimos amigos. A veces una mirada hace a dos seres amigos, un instante o una causa común. Otras veces se toma meses para verdaderamente acercarse el uno al otro. Una vez que le comuniqué que mi tesis en la Universidad de Columbia bajo la ayuda de Onís fué sobre el Gaucho Martín Fierro y que el gentil don Ricardo Rojas me había ayudado desde Buenos Aires, nos acercamos de tal manera que ahora veía al hermano hispanoamericano y me cambió el rumbo de la noche. Esa noche conseguiría dinero para irle a oír. Dejaba por una noche a Darío, a Salinas. Son pocas las buenas oportunidades que tenemos de oír a un violinista de fama mundial. Venía Odnoposoff anunciado por una fama de años, desde que tenía cuatro años. En Bruselas había intervenido en el «Concurso Internacional Eugéne Isaye» y logró el primer premio. Esto está considerado como uno de los honores más aquilatados en el mundo musical mundial. También intervino en un concurso internacional en Viena y entre 235 concurrentes logró el primer premio. Ha participado en orquestas bajo la dirección de maestros tan exigentes como Toscanini, Bruno Walter, Furtwangler, Kleiber, Szenkar, Busch y otros famosos Acababa de dar en febrero pasado en Carnegie Hall de Nueva York en donde sólo aparecen los consagrados un concierto y el crítico más crítico del *New York Times*, Straus, dijo en una larga columna que le dedicó: «Ha cogido a Nueva York como una tormenta». Y sigue «Es maravilloso». Y las otras críticas dicen que hay otro más entre los inmortales del violín ahora, «el argentino Ricardo Odnoposoff». Nuestra América ha dado otro violinista inmortal. El primero, el cubano Brindis de Salas y ahora a Odnoposoff.

El programa que presentaba para la matrícula de la Sociedad Pro Arte Musical de Puerto Rico era por demás atractivo; Sonata Núm. 5 Op. 24 de Beethoven. Concierto en Re de Paganini, Rondo de Mozart, Capricho Vasco de Sarasate, Berceuse del "Pájaro de Fuego" de Stravinski e Introducción y Rondo Caprichoso de Saint-Saens.

Fuime a oirle. El hombre que apareció en escena era distintísimo al que había yo hablado esa misma tarde. Las luces no le daban directamente sobre su persona. Aparecía en una línea meridional, en un claro-oscuro y al descansar su cara sobre el violín, apareció la figura extraordinaria de Beethoven. Era Beethoven el que tocaba, El Beethoven que tantas veces hemos visto

ya entrado en edad. Los cachetes inflados, el pelo alámbrico y lleno de corriente eléctrica. Se ha podido aparecer como un Diablo o como un ángel como se me presentó Menhuin. Pero no se presentó como nadie más. Era Beethoven el que había cogido el violín. Se olvidó del público que se alió para que lo olvidara en su silencio de catedral y respiraba fuerte, y se mecía sobre sus pies y tocaba lleno de rapto. Distinto a todos los demás antes oídos por mí en Europa o en los Estados Unidos. Su personalidad es única, única. Le enseñarían a tomar el violín, pero él lo tomaba o lo tocaba a lo Odnoposoff. Notas claras, limpias, brillantes. Su concierto de Paganini lo podrán igualar talvez otros pero no mejorarlo.

El Capricho Vasco fué una filigrana. Y entre los regalos fuera del programa recordaremos mientras vivamos su "Jeunes Filles au Jardin" de Monpou. Si yo tuve el placer de oír a Paderevsky tocar su "Minuet" y a Rachmaninoff tocar su «Preludio», puedo decir con orgullo que he oído a Odnoposoff tocar su obra favorita aunque no sea suya, pero que hace delicias tocándola: «Las Niñas en el Jardín» de Monpou el catalán.

Ha corrido casi el mundo entero este genial argentino. Volverá a pasar por la América nuestra. Aquellos que le vuelvan a escuchar y hayan leído estas líneas pídanle en mi nombre esa maravillosa obra de Monpou. Será un instante eterno en los corazones.

PEDRO JUAN LABARTHE

San Juan, Puerto Rico.

LEON FELIPE

(Atención del autor)

Entre los más significados exponentes en la modernísima escuela poética del verso libre, es este Súbdito del Viento una de las luminarias más brillantes.

Después de oír algunas de sus conferencias y después de hojear algunas páginas de su *Ganarás la Luz*, creemos que sólo un adjetivo podría cubrir su desnudez de poeta: León Felipe es un genio. Sin embargo, quizá sería más justo no calificarlo. Hasta esta calificación que le acabamos de dar lo circunscribe al ámbito del lenguaje y de la lógica. Y es que este ámbito podría ser muy reducido para él. León Felipe se magnifica en cada una de sus múltiples facetas y rebasa la cerrazón de lo formal, despojándose de las trabas de lo asequible para crecerse en la amplitud del infinito.

Podríamos llamarlo también nuestro poeta epónimo. León Felipe vive plenamente consciente la tragedia del hombre y la tragedia del mundo. León Felipe expresa magníficamente esa tragedia en su poesía. Y aquí una digresión: si el verso libre no hubiese existido, él lo hubiera creado para objetivar su gran inquietud, su gran interrogación. Porque esta tragedia es tan grande como él y no puede acomodarse a molde alguno.

Por otra parte, León Felipe es el poeta de la época que se insinúa, del «otro mundo» que hoy apenas es trasunto. Y él lo sabe. En ocasiones, alanceado por la desesperación, lo vemos debatirse inútilmente entre las formas que se van y agarrándose en el tablón de la poesía, incita al hombre a la realización de su destino para salvarse.

A veces nos impresiona como esclavo de ese viento que pareciera su obsesión. «Ese viento que es mi antólogo, mi colaborador y el dictador. El que selecciona, el que me ayuda, el que me dicta... y el que manda.» Pero tras el sollozo impotente por este su Burlón Determinante, se oye de pronto el grito tremendo de su singularidad que iracundo ordena: «¡Que corra el espíritu su aventura como la materia y a ver lo que se salva después! ¡Qué corran todos la aventura en este cataclismo y a ver quién habla luego! Corramos todos la aventura como los grandes símbolos de piedra sepultados que se levantan con sus aristas y pueden al fin *más que el viento desmemoriado*».

Pero el gran tormento de León Felipe es el tormento eterno que siempre ha querido resolver el hombre. Sin embargo, esto que el hombre ha sufrido siempre inconsciente, lo actualiza el poeta en su conciencia. Toda su obra es la búsqueda de su yo, de su interioridad, la búsqueda de su nombre. «Detrás de mí hay unas huellas sucias; delante el guiño de un relámpago en la sombra y dentro de mi corazón, un deseo rabioso de saber cómo me llamo». «¿Quién soy yo?». Esta no es su voz: Es el grito que resuena en las avenidas de la historia con una extraña desesperación. ¿Quién soy yo? Es la interrogación, es el acicate que en el timbre poderoso de su verso blasfemo, adquiere nueva resonancia, para acusar al hombre de ayer que no pudo encontrar ese nombre... Es el hombre, siempre el hombre que «enloquecido y angustiado se aferra en bautizarse a sí mismo con un nombre por el que puedan llamarlo».

«Pero es que por ventura sólo existe en el mundo la *Economía?*» León Felipe es profundamente espiritualista y religioso. En este último aspecto deja de ser español para hacerse un poco más ciudadano del mundo. Su religión no es la religión de lo formal. No es la religión del «arzobispo que bendice el puñal y la pólvora y otorga su negro perdón al sapo iscariote y ladrón». León Felipe practica la religión de la poesía. Y más exactamente la religión de su poesía: «Por eso la España que se llevó la canción, cree que la religión de mañana será la poesía viva y con una dimensión nueva».

León Felipe, en su tragedia, vive intensamente los impulsos primigenios de la vida. No es el concepto de León Denis: Amemos la vida porque vale la pena; no la vivamos co-

(Pasa a la página 234)

LEON FELIPE EN COSTA RICA

(Primeros días de junio de 1946).

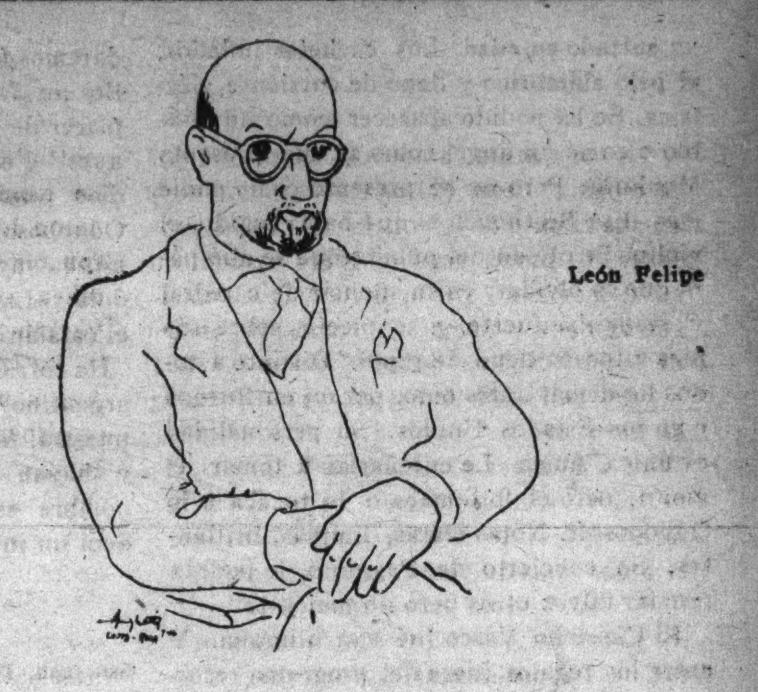
LEON FELIPE

(En el *Rep. Amer.*)

León Felipe,
el poeta de la voz de llama,
ha llegado a esta casa.
Su verbo de vientos
está aquí, íntimo en nuestros oídos.
Verbo del salmo en rebeldía
escrito con el aura y el relámpago.
Trae rumor de tres mundos,
el antiguo, el de ahora, el de mañana,
en su caracol de música;
viejo caracol de roca
con rumor de aguas vivas
—aguas salobres de sollozo y gemido
que suben a la nube
y quiebran a la luz en siete rayos.
En su caracol de cantos
resuena el oleaje de los siglos.
Trae el llanto de Job
clavándose como flecha de centella
en el oído de Dios.
Trae la voz de trueno de Jonás
resucitada en el desierto.
Se ha echado al hombro
la herrumbrada lanza
y anda por el mundo viviendo la metáfora
de «Nuestro Señor Don Quijote».
Con su perspectiva de distancias
alcanzó a ver a Walt Whitman,
encina más alta que las Rocallosas
que, por grande y cercana,
no ve bien el sajón todavía.
Lo vió León Felipe
llamándole con el pañuelo de la hierba
y él le ofreció su ancha pluma castellana
y su corazón universal.
Abraza la llama de Walt Whitman
porque es su llama.
Sangre encendida, poesía.
Poesía de la tierra y de la estrella
que germina en el humus,
se hace fronda de cantos
y da semillas con alas
que viajan más allá de los pájaros.
¡Alegría! ¡Alegría!
Pero León Felipe va más hondo:
nos funde en el crisol de sus angustias
donde él es metal y combustible
para extraer el oro mínimo
oculto en nuestra sombra.
León Felipe, este poeta del éxodo,
peregrino de la España fiel a su destino,
este poeta de España
y de la España resucitada,
como él dice, en América,
es el poeta rebelde en clamor de la Luz.
Sus palabras rompen la tiniebla
con una lágrima de fuego.
Poeta de la Luz, única manera de clasificarlo.
No es el poeta del pobre ni del rico,
del industrial o el proletario.
Es el poeta por la justicia
sin clases ni fronteras.
Es el poeta que cree en Dios
y con Dios habla, a su manera.
Poeta sin fórmulas ni partidos.
Poeta del Hombre.
Hombre él mismo.

EMMA GAMBOA

En la Escuela Normal de Costa Rica
Junio de 1946.



León Felipe

Visto por *Amighetti*

—

LEON FELIPE

(En el *Rep Amer.*)

He aquí un hombre; he aquí un poeta; he aquí un genio... En esta forma presentamos a los alumnos del Liceo a León Felipe.

El gran corazón, vestido de carne mortal, empezó su plegaria en medio del respetuoso clamor de cuantos allí estábamos con él, dentro de él. Los mismos silencios de Debussy, intercalábanse en sus frases henchidas de un mensaje mesiánico. Los arrebatos con que culmina la tetralogía wagneriana hiciéronse perceptibles, no en los arabescos de una misteriosa combinación musical, sino entre las sorpresas de la más fina orquestación verbal que hayamos escuchado nunca.

Withman y León Felipe, forman una sola alma, un solo corazón, una misma carne, idéntica sustancia!

Concluye el poeta como Sigfrido al finalizar el Crepúsculo de los Dioses. Y nosotros, envueltos en la sombra de nuestros pecados, nos alzamos del asiento como al conjuro de un nuevo Mesías, para estampar en su frente blanca y suave como la de un ángel, un beso...

A. AGUILAR MACHADO

San José, Costa Rica, 1946.

—

(Primera página del álbum del señor Director del Conservatorio Nacional de Música, profesor don Guillermo Aguilar Machado, y su señora esposa doña Thelma Zürcher de Aguilar Machado)

¡Qué honor para mí abrir esta puerta! Quiero oír que entre por ella
el Espíritu Santo
¡Amor!

LEÓN FELIPE

San José, 7 junio 46.

LEON FELIPE CAMINO

(*Atención de la autora*)

La voz sincera, profética y cálida del poeta español, León Felipe Camino, conmovió en sus cimientos la conciencia de los españoles, de buena cepa, y de los costarricenses demócratas, que lo escuchamos anoche, con verdadera unción, al través de Jonás y de Jacob. Nos ha hecho el poeta desandar mucho de lo que hemos caminado y volver al libro de los proverbios, a las obras de Walt Whitman, a la historia de las piedras, de los bosques seculares y de todas las manifestaciones de la naturaleza en las cuales estamos y las que están en nosotros.

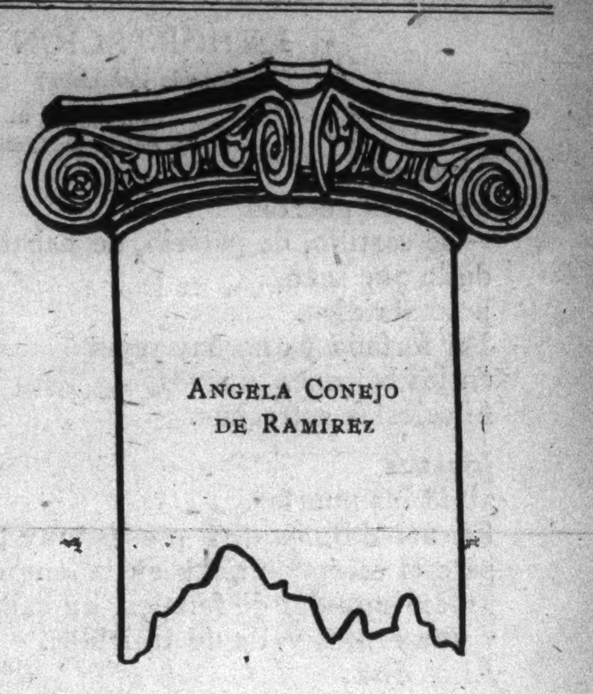
El simbolismo, la sutilidad y la mística de León Felipe es difícil. No hay que tratar de razonarla. Hay que sentirla.

Hay que dejarse llevar por una corriente cósmica que mueve su espíritu y confiarse a ella. No es una cuestión de filosofía ni de cultura; es simplemente de honda sensibilidad. Para entender a León Felipe es preciso haber nacido inclinado al quijotismo, a la aventura y sobre todo a la libertad conquistada por una disciplina interna.

El poeta ha gritado todo el dolor del mundo. Ha dicho lo que muchísimas veces se agolpa en el corazón y se quiere decir, y no se encuentra la fórmula exacta para trasmitir lo que se siente. Sólo los egoístas, los ecomodaticios y los indiferentes, «se taparon los oídos con cemento», y no quisieron oír el grito de España. El poeta debe saber, que en esta pequeña patria, los que formamos el grupo Pro República Española, los izquierdistas, los artistas y los hombres honrados, oyeron el grito estridente de España cuando Franco le asestó una puñalada casi al nacer. A esta distancia hemos visto correr la sangre, hemos sentido el olor, que en la pluma de Carlos Luis Sáenz se convirtió en el poema. *De la sangre del niño español*. «Los que tenemos ojos» y vemos, interpretamos bien los tres gritos inmortales de los grandes personajes de España. El de «Tierra»!, el de «Justicia»! y el de pastor cuando anunció al rebaño que el lobo perverso acabaría con todas las ovejas, se bebería la sangre de los corderos, se relamería como una bestia infernal y vendrían del averno dos monstruos que acabarían por infiltrarse en el continente americano y defraudar nuestra esperanza de que esta fuera la tierra de promisión.

CORINA RODRIGUEZ

San José, Costa Rica, junio 1946.



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años, hasta el final de sus días, le dieron apoyo. Ricos de espíritu fueron!

—

ESTA CARTA...

San Salvador, El Salvador, C. A.

Sr. D. Joaquín García Monge

Mi querido amigo: Aquí me tiene Ud., en El Salvador. Voy hacia la Argentina. Al principio pensé hacer el viaje de un tirón... Luego he organizado mis cosas para conocer toda la América española, si no paso a paso, por lo menos con el reposo que permiten hoy los aviones.

Creí que traía en mi portafolio algunas cosas poéticas que enseñar —perdónenme esta vanidad de europeo— pero a cada paso que doy me guardo mis papeles y me dedico a escuchar y a aprender...

No quiero pasar sin verles a Uds. Costa Rica es ya para mí un país de Leyenda sencilla, donde la vida, me dicen, se recoge de una manera patriarcal y familiar... Los pueblos lugareños ayer, se hacen metrópolis babélicas, y uno anda ya buscando rincones donde hablar sin prisas de cosas tan *inútiles y esenciales* como la Poesía.

Si me dan hospitalidad, estaré con Uds. una semana. No me concedieron la visa en el pasaporte todavía. En Guatemala llené un esqueleto y cuyo visto bueno espero encontrar en El Salvador (Hotel Lido o Universidad). Acuda Ud. en mi favor para que no pase lo de hace diez años. Diga Ud. que soy un hombre pacífico, que no he tenido jamás carnet de ninguna clase y que no pertenezco a ninguna parroquia ni cofradía... *Que no tengo intención de asesinar al Presidente*... Llevo un poco de amor... y busco un poco de amor nada más... Es todo mi equipaje político. Con él he estado diez días en Guatemala. Ahora permaneceré aquí hasta el próximo sábado... en Managua me quedaré toda la otra semana... Y, si Uds. me dejan entrar en su casa, dentro de 15 días llamaré con mi bordón a la puerta...

En Guatemala y en El Salvador he dado unas conferencias con el título del *Poeta Prometeico*... pero yo no soy un maestro... Y en poesía, por estas latitudes de Centro América, sé que más debo abrir los oídos que la boca... quiero decir que más estoy para que me enseñen que para enseñar... pero, si, como novedad o como arranque de una disputa sobre poesía, quieren Uds. que hable yo el primero... haré mi programa, mi número como un viejo juglar para provocar la respuesta. Mi programa sería entonces: 1ª *¿Quién soy yo?* 2ª *El salmo.* 3ª *El poeta prometeico.* 4ª *El poeta maldito.* Y 5ª *El testamento del poeta*...

«Me daré por bien pagado con *un vaso de bon vino*... Y si no hay vino brindaremo con agua».

Me lleno de regocijo al pensar que voy a ver y a abrazar otra vez a amigos tan buenos y queridos como Ud. y Mario Sancho y su familia. Les mando por adelantado, un abrazo cordial.

LEÓN FELIPE

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito de Aquiles Certad sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

2a. contribución de Max Jiménez.. ₡ 5000

Contribución de doña María de Noguera (Sta. Cruz de Guanacaste) 90—

Envío de don Humberto Miranda Jiménez Visitador Escolar, Grecia; en nombre de la Escuela *Eulogia Ruiz* y de las Escuelas de Santa Gertrudis Norte y de San Roque.................. 13.85

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

EXHORTACION

(*Atención del autor*)

Con motivo de la visita de *León Felipe* al Liceo de Costa Rica.

Jóvenes,
abrid las puertas
—de castillo, de palacio, de cabaña,
de lo que sean,
pero abridlas.
Por fortuna ya no hay rejas
en los balcones nuevos,
ni celosías estrechas.

Jóvenes,
abrid las puertas.
El incrédulo os dirá que es muy temprano;
pero el escéptico tiene en la lengua
un extinguidor de fanales, un cangrejo
y una espesa valla de tinieblas.
El os dirá:
«La madrugada todavía es muy densa».
Yo lo digo también;
pero es la madrugada y hay estrellas
—palabritas de Dios, siempre en lo oscuro,
para los ciegos y los sordos que deseen enten-
[derlas;
son las mismas que a Fray Luis hablaron
en su *Noche Serena*,
y continúan hablándoles
a todos los que sueñan:
a los hombres,
a los pozos de pupila quieta,
y a los sapos de los pozos
que hacen gárgaras con ellas;
porque los sapos y los cristales
y los pozos que meditan y aun las piedras
y hasta los hombres-piedras, todo
y todos somos poetas—.
¿La madrugada? Sí, la madrugada:
no es hora de ocasos en América.
La madrugada es vientre de próximas auroras;
por la rendija del Oriente asoma sus pestañas
[la promesa,
y hay semilla de luz y de mirajes
que darán a su tiempo flores nuevas.

Sí, jóvenes,
abrid las puertas
—hacia adentro es mejor,
y no hacia afuera—,
que una brillante peregrina
a vuestro umbral se acerca
para ofreceros una canción, redonda como una
[fruta,
y depurada en su rodar por los caminos. Sólo
[esencia
ha recogido. Quien la exprima
sentirá en la cuenca
de su mano solamente el jugo,
sin pulpa ni corteza.
Un granillo de sal, otro de azúcar;
una lágrima clara de nostalgias y tragedia,
y un índice de luz hacia la herida
de su España irredenta.
Quizás conoceréis a Nietzsche
y al viejo Walt Whitman, el profeta
que agacha su estatura eminente
para hacerle, con la barba, caricias a la hierba.

Por eso os digo, jóvenes,
que abráis las puertas.
¿Comprender? Mejor sentir,
que la emoción es llave de la idea.
Llore, cante, maldiga, ensalce.
Con tal que vibre con su emoción la nuestra,
ha de sentirse respirando atmósferas
familiares la peregrina. Ella
dirá su canción, y al camino,
siempre a la algara,
como Rodrigo en su Babieca,
por la amarga ruta del proscrito
rumbo a Valencia.
¡A Valencia la clara, mesnadas redentoras,
y que os empuje el huracán de América!
Este es el grito, jóvenes,
y vuestro grito sea;
pero antes
abrid, abrid las puertas
a su palabra.
Con tal que vibre con su emoción la nuestra,
ha de sentirse respirando atmósferas
familiares el poeta.

ARTURO AGÜERO CHAVES

Costa Rica, junio 1946.

(*Viene de la página 231*)

mo una penitencia. Tampoco es Dostoiewski, que se aferra a la vida con el inmenso terror de perderla. En su poesía no asoma, ni con la rapidez de la centella, aquel canto del condenado: «No importa, siempre jugará en mi rejilla un rayo de sol». Es quizá más Almafuerte y un poco Jonás cuando grita: «¿Por qué no me morí yo desde la matriz?» Sin embargo, en en el fondo de estos matices, en lo esencial de la reminiscencia, está siempre presente León Felipe.

Porque Almafuerte fulmina la vida con el ademán rabioso de la decepción. Jonás no la odia en sí misma, sino en su finalidad y esto por un instante, Dostoievski la ama furiosamente porque teme a la sombra de la duda. Y León Felipe la vive porque el Viento así lo ordena. Penetra a veces un poco hondo y se rebela al fin y la maldice. Pero no por decepción ni por finalidad. Vomita la blasfemia cuando no puede «arremeter contra el muro macizo del misterio». Cuando se queda mudo con su pregunta «¿de dónde vengo y a dónde voy?»; cuando «tal vez sería calumnia» responder a ese «¿Quién soy yo?»; cuando finalmente, con la voz parda y sangrante solloza aquel terrible «Dios está sordo» y pasa en súbito arrebato a la exaltación de la lágrima como módulo de hoy y apostrofando a Dios: «Tú tienes la luz... pero yo tengo el llanto», es Walt Whitman el que grita en *The Song of Myself*.

León Felipe está en todas partes. Es polifacético. Se mueve en una multiplicidad de planos que obstaculizan su ubicación exacta. Sin embargo en todas sus expresiones hemos oído, no a un «hombre con un grito de estopa en la garganta», sino a un hombre con un grito potente de proféticos acentos. Es el grito humano, auténtico y transferible, legítimo y comunal; es el grito del hombre de hoy, de ayer y de mañana que se graba palpitante en el tiempo y que «nace con el vaho de mi sangre, de mis humores y del viejo barro de mis huesos que es el mismo barro primero de la creación».

CARLOS M. CASTILLO

Costa Rica, junio de 1946.

LA RENUNCIA Y EL DEBER

(De *El Heraldo*. Caracas, abril de 1946)

En este país en el que una nueva Era platoniana rige para los poetas, con excepción de algunos que deben sus privilegios más a su adscripción política que a su propia poesía, complace a veces ver gestos de dignidad que deberían hacerse norma común en todos quienes, de alguna manera, están identificados con los más puros principios del arte y ven en éste más que una manifestación intelectiva o espiritual, un medio expeditivo de la cultura y una modalidad dúctil, fácilmente moldeable para el cumplimiento de una alta y ponderada función social.

Los artistas y poetas de estos tiempos vertiginosos, en los que el destino de la humanidad pugna por acogerse al más elevado concepto de la justicia sociológica, no son los mismos que, con reconcentrado egoísmo, se encerraban dentro de las cuatro paredes de sus castillos de marfil, olvidados de las conmociones de la sociedad y de las corrientes contrapuestas que, con espíritu convivente, buscan acordarse bajo las banderas de la civilización, con el fin de lograr la unidad de sentimiento y de acción que es necesario alcanzar para el afianzamiento definitivo de una paz duradera en la que no quepan, ni aun como brotes temporales, rozamientos económicos, políticos o sociales entre los diversos conglomerados de la familia universal. Como expresiones humanas que son y productos de esta época turbulenta, en la que es menester que todas las fuerzas se conjuguen y se apresten a vencer los cataclismos que surjan de la barbarie, los artistas de hoy, que más que artistas son hombres por sobre todas las cosas, no pueden sustraerse ante las negaciones del espíritu y los atentados que se realicen, con actos de violencia y cargas de bayoneta, contra la dignidad pública y la soberanía de los pueblos.

Esa actitud vigilante del hombre-artista es hoy, y debe serlo para siempre, la irrenunciable consigna de la inteligencia ante toda actividad humana, que quiera, con hechos y propósitos de fuerza, burlar los derechos de los pueblos en cualquiera región geográfica del mundo. De ahí que, con entera satisfacción de hombres que sabemos a cabalidad el papel que nos toca desempeñar, con serena y responsable visión, ante la vida y el destino de estos pueblos de América hayamos valorado en su justo alcance democrático y en su alta expresión cívica, el gesto altivo, hondamente ciudadano, que acaba de realizar el poeta Jorge Carrera Andrade, como una airada bofetada sobre los carrillos del dictador de su país. Es un gesto que hacemos nuestro, por los vínculos de sangre y de historia que nos unen, en la gloria y en la adversidad, a la sufrida nación de El Ecuador.

Un día cualquiera, porque para el poeta no existe determinación de tiempo ni de espacio, llegó a nosotros Jorge Carrera Andrade, con su mensaje americano y su poesía universal. Desde entonces ha convivido con nosotros y, fiel ecuatoriano, nos ha hecho conocer la cultura de su pueblo, junto con sus angustias, sus triunfos, sus miserias y sus anhelos. Es, quizás, el mejor embajador que nos haya venido de la nación fraterna, por cuya suerte futura siempre ha estado atento, preocupado como el que más por el destino de su soberanía y hasta entristecido por la aislación en que, frente a las amenazas del vecino Perú, lo han tenido sus otros países hermanos. Por eso en más de una ocasión lo hemos visto propugnar con valentía un tanto indiscreta ante los obligados protocolos de la diplomacia, la formación de un bloque grancolombiano que asegure la existencia libre de temores de El Ecuador.

Ahora acaba de recibir un golpe de gracia sobre su pecho de hombre libre, de combativo y combatiente ciudadano de la democracia. El señor Velasco Ibarra, quien hasta hace poco gozaba del beneplácito de sus compatriotas, ha sucumbido bajo la pertinacia del fascismo. Y, según dicen los periódicos, ha instaurado una intransigente dictadura que ha venido a echar por tierra el libre juego de las instituciones democráticas. Por consiguiente, Jorge Carrera Andrade no podía permanecer indiferente ante ese vuelco tan inesperado como desgraciado para los ecuatorianos y, sin vacilaciones, presentó formal e irrevocable renuncia del cargo diplomático que desempeñaba en Venezuela. Y su renuncia, lejos de ser un desplante patriotero, constituye en esencia, el cumplimiento de su deber de hombre, de ciudadano digno que, por encima de su beneficio personal, sobrepone los altos y permanentes intereses de la Patria.



Digno ejemplo que, desgraciadamente, no tiene muchos imitadores entre nosotros.

ARISTIDES PARRA

POLVO DE MARMOL

(*Atención del autor*)

Al gran escritor y poeta don Aquiles Certad, con mi devota admiración.

El Autor

Polvo blanco ilumina el aposento
donde el escoplo ensaya, soberano
imprimir en el mármol sentimiento
al transformarlo el arte en ser humano.

Ese polvo es rocío de pensamiento
que al descender desde la inquieta mano
singulariza el espiritual momento
del éxito o tal vez de esfuerzo vano.

Es en polvo de mármol donde están
los primeros desmayos de un creador,
el volver a empezar con desaliento,

la gama del placer y el sufrimiento
que estremeció la mente de Rodin
antes de darle al mundo, *El Pensador*.

J. FRANCISCO VILLALOBOS ROJAS

Alajuela, Costa Rica, febrero 1946.

Del Panorama Interior

LO QUE HAY DE NUEVO BAJO EL SOL

(En el *Rep. Amer.*)

Profunda fué la sentencia salomónica, que nada hay de nuevo bajo el sol. Una humanidad cuya historia se repite ha de contener, necesariamente, en su patrimonio de civilización y de cultura las modalidades afines al contenido de los tiempos viejos. Sinuosa la trayectoria al través de los siglos, cada subida y cada bajada guarda el ritmo imperecedero y si dable fuese al hombre aprender sin vivir, bastaría sumirse en el mar iluminado de la historia para coger en sus manos el cetro de la sabiduría y levantarse él mismo, de una vez, con vuelo fácil de arcángel, hacia la cima del poder y de la dicha.

Mas esta línea sinuosa de la travesía humana va elevándose y complicándose en contenido vital. No estaría demás decir que la espiral representa con mayor exactitud el curso de esta marcha. La fuerza vital de cada generación puede alargar los períodos históricos, fuera de que la complejidad creciente del fenómeno humano le da un especial matiz a cada edad. Vivimos, decía Julien Huxley, en una época de cambios cuando la historia no se repite, o casi no se repite a nuestra vista,

Con todo ello, la sentencia secular no deja de ser verdadera en el sentido inevitable que da la relatividad de toda verdad del hombre. Nada hay de nuevo bajo el sol, aunque la vida misma se empeña en dar novedad a la savia que sube por sus invisibles raíces. Y si trasladamos a la realidad cotidiana el concepto contemplado, encontraríamos que para aquel que lo sabe todo no habría suceso del presente que no tuviese su semejanza secreta con sucesos pasados ya. El patrimonio de la civilización es inmensamente rico. Empezaron a acumularlo las manos y las almas de múltiples generaciones ahogadas en la muerte. La raíz de cuanto poseemos está allá y la estrecha vinculación del ayer con el presente nos obliga a reconocer la obligatoriedad del ritmo. Cada cosa del pasado se refleja en el presente y tiene en él su vigencia imperecedera y lo que de historia poseemos —escrita o no—, en las cosas del hombre y de la Naturaleza, representa una cortedad tal que casi toda ella se vuelve presente.

Mas esa especulación histórica, de la permanencia de las formas de la civilización y de la cultura —que es cuanto nos interesa—, sufre en el pleno de la vida cotidiana, sus enmiendas inevitables. Cada generación llega limpia de saber y se apresura a poseer lo heredado de las generaciones anteriores con avidez desbordante. Pero su avidez no es su capacidad, y a lo largo de la historia el hombre va dejando porciones de su herencia, enterrándolas en el olvido o en la indiferencia o supeditándolas con sus propios aportes, hasta que una urgencia vital le obliga a volver los ojos hacia atrás y reconocer la validez de lo que dejó en abandono.

Y es aquí donde surge la novedad de la actuación del hombre sobre la tierra. Porque la vigencia de las ideas está en función con la fuerza con que se viven, con el interés que despiertan, con el vigor con que se incorporan a lo vivo. Lo vivo y lo muerto no sólo se encuentra en la filosofía sino también en la existencia diaria del hombre. Es solamente el momento oportuno lo que da a una idea su vida propia y lo que le da su propia muerte. Y como cada generación —lo hemos dicho ya—, llega limpia a la escena, a cada generación le corresponde renovar el conjunto de sus cosas vivas y en esa empresa de renovación es que se alza, fresca y primaveral, la novedad inagotable del vivir.

Fuerza de interés, aliento de pasión, vitamina secreta de valor es lo que determina la novedad de las cosas viejas, la resurrección del pasado. Porque las ideas puras, descarnadas de interés vital, descarnadas de amor y pasión, no tienen real validez en la vida. Lo que vale en las ideas es el arrastre de humanidad genuina que lleven como un resplandor. La noción pura y fría de la verdad no vale sin el interés del nombre, El amor y la pasión del hombre es lo que da énfasis a la realidad ideal de la idea pura, como el grito y el ademán del declamador da fuerza al poema. De donde podemos sacar la conclusión de que son los espíritus combatientes y las inteligencias y los corazones encendidos de voluntad y de fe, los manantialas eternos de juventud en la tierra y en la sociedad humana. Sin ello todo perecería en la indeferencia. La historia sería simple amontonamiento de cosas idas, vasto cementerio en donde sólo la barbarie cabría como señal de poder vital. Pensadores y apóstoles, profetas y poetas, héroes o capitanes son en último análisis los organizadores y reorganizadores de la historia. La verdad enterrada sale a la luz por el esfuerzo de sus manos. La fe que calienta al mundo se enciende por ellos. El interés del vivir se debe a ellos porque a ellos corresponde la perpetua novedad. A fuerza de descubrir los escondidos valores de la existencia humana, llenan de novedad los horizontes y hacen cincelar las profecías.

No nos inquietemos en demasía por descubrir si lo que el hombre nos dice es viejo o nuevo, si ya lo podríamos encontrar en la Biblia o en las tradiciones antiquísimas de incas, mayas, egipcios o persas. Lo interesante no está allí, lo valedero no consiste en una absoluta novedad, en la condición primigenia de una creación ideológica. Lo interesante está en el interés que el Hombre da a la idea, en la fe con que la mueve, en el fervor con que la proclama, en la carne y la sangre, en el grito y en las lágrimas que coloca sobre ellas como un fuego celestial. Antiguos como el Paraíso son el amor y el odio, el perdón y la venganza, el poder y la impotencia; pero a cada siglo corresponde una voz nueva, la voz predestinada, que se encargará de revelar esas cosas viejas encendidas de la novedad de la fuerza vital.

Y en ello está lo que sí hay de nuevo bajo el sol.

Y todo lo demás es cementerio, museo, monumento cubierto de polvo o de ceniza, cosa vana, más del reino de los muertos que del reino del hombre que ha puesto con firmeza sus pies en la Tierra.

NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO

México, D. F., 1945.

MAX JIMENEZ

(*Atención del autor*)

Qué sorpresa, Dios mío, qué sorpresa. Hombre en él, y todo un hombre. Yo, que ya empezaba a dudar de que los hubiera. Tánta mezquindad! Tánta ruindad! Tánta miseria moral . . . !

Max Jiménez. Un rico más que juega con sus monedas, y, cansado de su sonido, se da al arte como medicina heroica. Esto pensaba yo, obligado por la visión de tánto ejemplo. Hasta cuando me dijeron que había de ir a su estudio, sentí perplejidad. Max Jiménez...! Pero fuí y se me abrieron las puertas de la esperanza, porque un hombre todo corazón, todo ternura, rebosante de sinceridad, me dió su mano enorme, y sus ojos me dijeron el preludio de una tragedia. Yo, le dí la mía del mismo modo que se la doy al amigo entrañable, y hasta le abracé, porque noté que aquel sér tenía que ver con mi tragedia. Max Jiménez, quién me lo tenía que decir. Era él. Alto, arrogante, grande—un niño muy grande a quien la madre regañaría aún, seguramente—que me volcaba su corazón, su enorme corazón, tanto, que domina a su cerebro. Qué sorpresa, Dios mío; qué sorpresa.

Max Jiménez es un caso tan especial, que dudo de hallar otro, en el camino de mi vida. Su conciencia subjetiva burla a la objetiva y habla según aquélla, sin escuchar los reparos de ésta. No usa caretas, ni velos: se manifiesta como es. Y habla y habla diciendo verdades que le asombran a uno, porque ello es un contraste enorme dentro de la falsedad reinante. Ortega y Gasset se quejaba de la cerrazón del alma del hombre argentino; si hubiera conocido otras zonas geográficas del planeta seguramente hubiera tenido que quejarse igualmente de sus hombres. Falsedad, f lsedad, hipocresía . . . En cambio Max Jiménez es la roca en la que se estrella lo convencional, lo falso, lo engañoso. Es una voz potente que clama contra los reservados y contra aquéllos que se creen que nadie había hecho nada antes de ellos, y que la salvación del mundo sólo de ellos depende. Pobre gente, y pobres los otros que malgastan los mejores valores de la vida, entre otros, el de la humildad.

Max Jiménez no tendrá nunca amigos, y si llega a tenerlos serán de una índole tal, que llegarán a formar con él una sola voluntad y un solo pensamiento. Hombre que ha hecho y hace el bien calladamente, al amigo y al que ya dejó de serlo. Además, tiene demasiada personalidad para poder resistir ciertos climas...

Su obra es producto de su manera de ser. No puede amoldarse a unos cánones. No puede respetar vallas ni límites. Es cómo es, y pinta y escribe también llevado por su plétora de energía. No es de aquí ni de allá: es un personaje cósmico que sólo desea aire de libertad y de franqueza

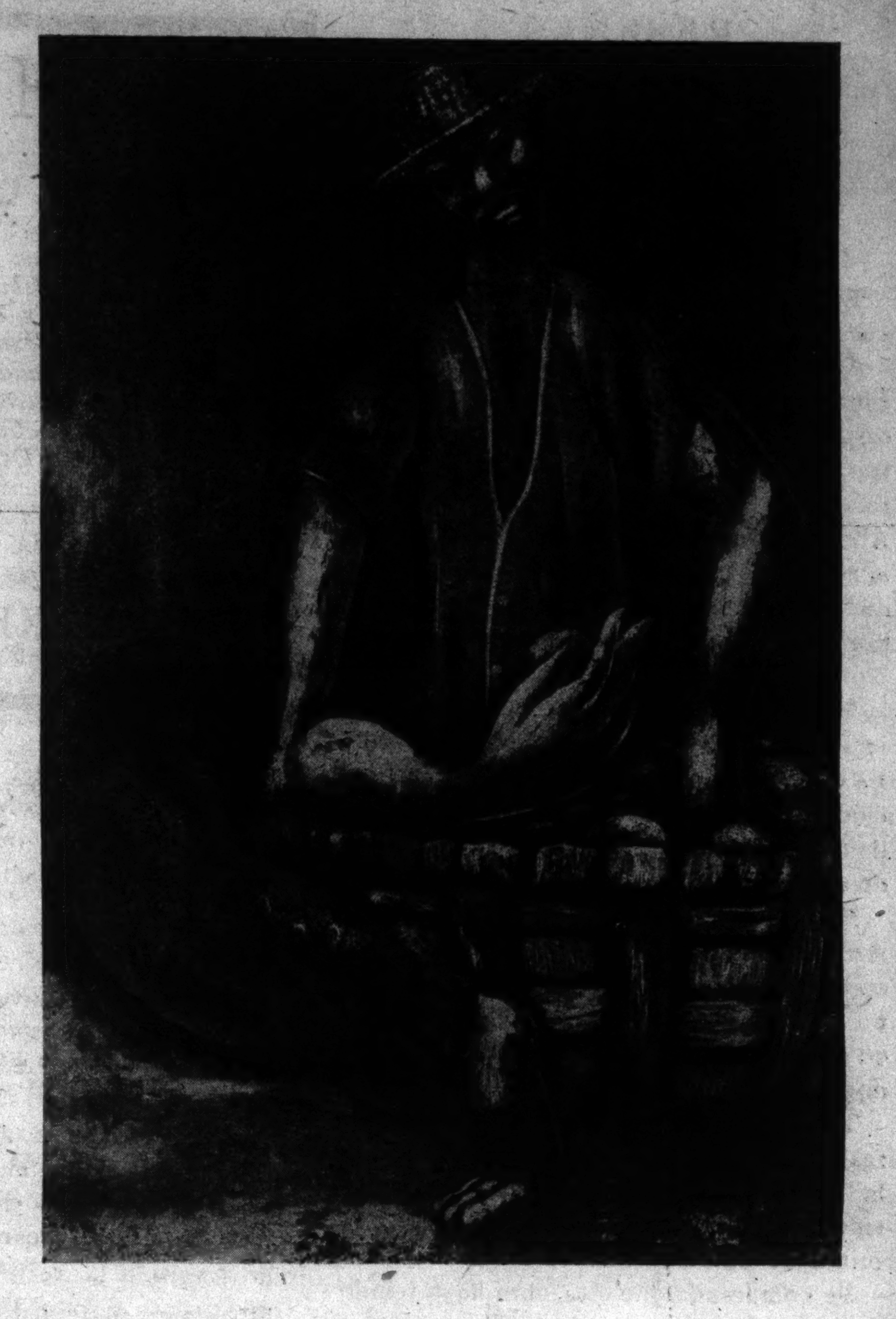
Sus telas han de expresar su anhelo: no puede concretarse a trasladar tal o cual tema; necesita manifestar simbólicamente lo que su boca manifiesta continuamente. Lo erótico, la bajeza moral, los complejos humanos, son conceptos que él tiene necesidad de pasar a la tela, y ello lo hace con valentía, y con arte. Los que van a ver en su pintura emoción estética, salen, claro está, defraudados, porque, tal vez, se hallan, inesperadamente con su retrato. Porque los elementos suyos son universales, que pues tanto pueden localizarse aquí como en cualquier parte del planeta. Escorzos exagerados, cuerpos monstruosos, acciones perturbadoras que son imprescindibles al fin que el artista persigue; ved: *Pescadores de Cojimar*, *Ventana de la Habana vieja*, y sobre todo, *Tierra y Cielo*.

Y, ¿sus versos? Nos dicen su angustia, esta angustia que algunos creen satisfacer con postulados fabricados *ad hoc*. En el prefacio de su *Revenar* escribe esta frase: «Creo que el misticismo es el camino para ir más allá de la muerte». Y, tal vez, por miedo de seguir este camino es que obra como lo hace y ambula constantemente. Pobre decepcionado: también busca hombres...! Su angustia se traduce en salmo, salmo del poeta maldito que va llevando por doquier nuestro León Felipe,,,

«Cruz, Señor, más cruz,
para abrazarme en el eterno instante,
y blando es el madero al yo agonizante,
cuando ya las tinieblas son la última luz,..»

¿Es que en estas palabras no hay todo un evangelio de un nuevo credo? ¿Es que no se vislumbra a un alma atormentada que se lanza a escudriñar el gran misterio que nos ahoga de angustia?

Sí, León Felipe, para cantar la luz hay que haber conocido las tinieblas, como este poeta que ahora abrazamos con toda efusión; así lo dice:



Vendedor de naranjas

(*Max Jiménez*)

«Los ojos serán luces en el fondo de un pozo,
los brazos, los salientes de un tronco ya leñoso,
pidiendo caridad».

En *Cuando ande de fantasma*, qué no dice su alma de niño que quiere el bien! En *Figura humana*, no calla su dolor:

«Y mi mano ya tiene la forma de mi frente;
fanático que espera botón de su dolor.
Regadío de aguas que manan de mi fuente,
de luna sin creciente. y noche sin albor...»

Y, ¿en *Los tristes?* Oigamos:

«¿De dónde venimos? ¿Qué voz aún nos nombra?
¿Qué surca las frentes? ¿Cuál es nuestro daño?
Acaso es el eco de amores de antaño...
Las viejas pasiones que aún dan su sombra...»

Se empaña mucho mi cielo. Se esconde mucho mi sol. La negrura a veces llega a asustarme. Y, cuando temeroso ando a tientas, y siento el apretón de una mano sincera, qué alivio, Dios mío, qué alivio...

El encuentro con Max Jiménez ha hecho despejar el cielo de mi vida por un tiempo, que quisiera que fuera muy largo, pero...

LORENZO VIVES

San José, Costa Rica, junio de 1946.

RESEÑAS

(Libros hispanoamericanos)

(En el *Rep Amer.*)

Azucena de José Cid Pérez. La Verónica, Habana, 1943.

Es un cuento infantil dramatizado en la sucesión de siete cuadros.

Azucena es bella, como la Cenicienta, y como ésta tiene una madrastra cruel que la castiga y la malquiere. Cansada del injusto tratamiento, Azucena huye de su casa y se refugia en bosque espeso, al pie de un arbol. Allí se le aparece el Hada Madrina. Viendo la niña que esta Hada nada trae consigo, duda de que la pueda proteger: tiene hambre y no ve pan; tiene frío y no ve el abrigo. No es bien que los niños duden, le observa la Madrina. Le da una varita de lirios y la xhorta a pedir cuanto necesite y quiera. Es ésta la varita que desempeñará la función de las dos tórtolas perchadas en el avellano plantado por la Cenicienta en la tumba de su madre.

En la fiesta del Príncipe, triunfará la de Azucena sobre la belleza de todas las Princesas invitadas. En prenda de amor ella da un guante al Príncipe y éste a ella un anillo que habrá de servirle para su reconocimiento.

Todo esto ocurre en un palacio; mas en realidad es como un ensueño en el País de la Ilusión, en el cual todos hemos sido residentes alguna hora de nuestra vida o la mitad de nuestra vida.

Se comprende que esta obra haya tenido éxito: apela a nuestra fantasía, a nuestro soñar de adolescente, a nuestras ensoñaciones mientras nuestros ojos recorren algún escenario de la tierra o alguna creación maravillosa del genio. Estos cuentos nos llevan a los rincones floridos de la niñez y de la juventud primera; hay como un aroma de gálbano en el aire que nos hace respirar.

El estilo se ha sintonizado con el espíritu del cuento: grato e inteligible para los a dolescentes como lo es para los adultos.

La interna filosofía de esa dramatización es de un dulce optimismo que confiere la dicha del amor a los que son buenos. El Príncipe de lo Sencillo se desposa con la Princesa de la Bondad, de la Fe y de la Ilusión.

El recurso de hacer del Hada Madrina una Virgen María trae a la memoria la leyenda de Zorrilla, *Margarita la Tornera*. En la cual leyenda la Virgen asume la figura de Margarita para que sus hermanas las monjas no se den cuenta de la escapada de la Tornera, como aquí en el cuento se convierte en un Hada Madrina.

El sermoncículo de Moraleja, el personaje que pone fin al cuento, es de una inocente clase de catecismo: «a los niños buenos, estudiosos, perseverantes y cariñosos.... así como los niños de este cuento.... la Virgen nunca los abandonará . . . »

La primera parte del discurso de Moraleja ha podido ser más breve. En el *Pajaro Azul* no encontramos ninguna y el cuento resultó muy bello.

1945.

—

La función de la Educación de acuerdo con la naturaleza del hombre. Opúsculo de Emma Gamboa. Editorial Trejos Hnos. 1946

Es un ensayo denso, abundante de ideas; sobrio y castigado en el decir. El universo creador de sí mismo es la llave con que se abre la puerta de carey bruñido de este lindo joyero.

El hombre es unidad en el universo, como la célula es unidad en el organismo. Sin embargo no es mero mecanismo. El, como el universo es creador, y se integra y se crea. De manera armónica, porque leyes de armonía rigen su crecimiento, cuando éste es sano. Y no otra cosa es aprendizaje: crecimiento vivo. Aprendizaje es experiencia vital. Luego educar es proporcionar al educando oportunidades de experiencia viviente, estimulando la inteligencia, despertando una emoción, asentando un propósito, a fin de fertilizar el ser interior capacitándolo para la creadora actuación futura. Conocimiento que no entra en nuestra vida como experiencia carece de fuerza educativa. El niño, capaz de pensar y proyectar, lo es de responsabilizarse. Y a medida que madura se hace capaz de orientar su vida por sí mismo. La educación debe conducir a la liberación interior del niño, a su autonomía, mediante un aprendizaje creador y descubridor.

Mas como el hombre es ser social, es imposible concebir hoy una educación que descuide este aspecto de la vida del niño. Se es un individuo; pero se es parte integrante de la sociedad y del universo. Quien esto olvida no educa ni se educa. La escuela debe ser ejercicio de vida democrática.

Tal es el núcleo vivo de este opúsculo, que a modo de granada abierta, nos deja ver lucientes sus granates en orden admirable.

R. Brenes Mesen

San José, Costa Rica 1946.
Señas: Apartado de Correos 1316.

MI CASITA EN LAS NUBES

(En el *Rep. Amer.*)

Es grato soñar. En mis largas horas de desvelo gusto de construir «mi casa», es decir, ir con la imaginación haciendo una casa de fantasía, una casa en las nubes del ensueño . . . Es blanca, con tejas rojas y ventanas enrejadas. Tiene muchas flores, mucha luz, mucho sol. Como las nubes no tienen fin, dispongo de todo el terreno que quiero, y planto árboles de ramas floridas y acogedora sombra. Si la rodeo de tapias siembro plantas trepadoras al pie de l s mismas, y sus gajos en flor dan sombra a un nicho con un santo de mármol que me abre los braz s. Hay un estanque diminuto con lotos blancos rodeado de iris morados, y un tronco viejo lleno de orquídeas que florecerán al sol en el verano.

Pongo cortinas vaporosas y claras, jarrones con rosas frescas, lámparas que alumbren los acogedores rincones, y muchos libros amigos . . .

No sé si es grande o chica mi casa porque sólo en sueños la he visto, y en el encantado país de los sueños las dimensiones quizá no sean iguales a las de este mundo. Pero grande o pequeña, es mi casa que nunca será realidad, mi casita de ensueño en las nubes . . .

Myriam Francis

Cartago, Costa Rica, 1946.

GABRIELA MISTRAL

(En el *Rep. Amer.*)

Después de largos años de vivir en ejercicio de belleza Gabriela Mistral llega, con paso sereno, a recibir el laurel.

El premio que tienen los elegidos, aquellos tocados por las manos de los dioses tutelares, ha llegado a la escritora chilena a la hora de plena madurez.

Gabriela trabaja con el furor del obrero que se entrega a su tarea. La fuerte mujer de Elqui fué amontonando materiales y sacando de ellos los más finos para hacer cosa de niñería, nido de pájaro, en lo que anduvo de por medio la ternura.

Ya sus voces anchas quedaban resonando en versos de arte mayor, palpitantes, sangrando aún sus desgarraduras.

En los últimos días, desde su retiro del Brasil, Gabriela Mistral acometió con nuevos bríos su obra literaria.

Desolación es una parte de su vida; desde los años de magisterio rural hasta cuando trazó un mapa de poesía, desbordando fronteras.

El viaje del verbo fué seguido por el andar de quien le había dado aliento. Y la araucana pisó tierra extranjera en donde habían de rodearle otras lenguas. Pero en la Babel anduvo ella y no la aturdieron los ruídos extraños. Tomó lo bueno que no hubiera podido jamás regustar desde su valle natal. Oyó los franceses acibarados de Baudelaire y los dulces acentos de Jammes; los ingleses de Shakespeare y los de Yeats; los españoles de viejo cuño, troquelados en moneda antigua del Romancero y las voces violetas, asordinadas, de Juan Ramón Jiménez. Y toda esa gama fué oída adentro, camino del corazón. Mas, el paisaje de su tierra nativa; la geografía de su suelo; la botánica de sus montes viajó, intocada, con ella.

Y cuando toca las playas de su América el lastre de Europa queda esmaltándola de cultura, pero sin lograr robarle la ancha voz de cordillera.

Gabriela no ha sido hecha para blanduras de mujer y sus rudos pinceles pintan el mar y el cielo a "bocaradas de color".

La mujer está modelada con sustancias minerales que le suben por el cuerpo arrobledado hasta asomarle en el jade de los ojos. La mirada se mantiene desde su altura, sin derramarse.

Mano certera la suya, domeñada un tanto de salvaje arrebato. Los óleos que ella maneja son crudos, de una desesperante crudeza.

No he visto hombre capaz de manejar el color con la varonía de Gabriela; ni luz que tenga la intensidad de la suya.

Algunas cosas del paisaje mejicano fueron las que, desde antes, nos indicaron el camino. Maneja ahora sus materiales con igual rudeza; pero con mayor deslumbramiento.

Quien vaya por los senderos de *Recados* verá las cosas realzándose, levantándose ya con entrañas palpitantes.

La intensa prosa de Gabriela muestra a América en su volteadura de venas y raíces.

Su obra, sollamada en el fuego del trópico, crecida sobre pie mineral, es la expresión de la tierra americana. Fauna y flora de nosotros, en donde el nombre azteca, pipil, quechuá o araucano tienen calidez de vocablo recién nacido.

Gabriela conoce las distintas hojas y raíces; las tierras amarillas, negras, pardas; los troncos añosos que sangran resinas sanadoras de llagas; y va palpando, con delectación, toda esa naturaleza viva. Descubridora del maravilloso tesoro de la montaña saca, a la luz de los ojos indios y de los azules ojos europeos, riquezas vedadas a corteses y pizarros.

Gabriela Mistral, hija de América, exalta las bellezas de quien paga tal deuda de agradecimiento abriéndole su regazo de ancha madre geológica.

Europa da a la mejor hija americana el Premio Nobel. América ofrece a Europa la obra macisa, cincelada en nobles materiales, de Gabriela Mistral.

Una flecha indiana sobre un lábaro es el signo de la nueva conquista...

TRIGUEROS DE LEON

San Salvador, diciembre 1945.

EDITOR
J. GARCÍA MONGE
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.
José Martí

EXTERIOR:
EL TOMO
(30 números):
$ 5 dólares
Giro Bancario
sobre Nueva York

A LA MEMORIA DE KATHE KOLLWITZ

(En el *Rep. Amer.*)

Hace dos meses murió en un lugar remoto de las montañas del Harz, la gran dibujante alemana Kathe Kollwitz. Murió anónima y miserable, a los 78 años, sustraída a su propio país y a su propio arte, por la persecución encarnizada de los nazis que temían a sus dibujos, como si vieran en ellos el espejo de sus crímenes. Todo ese mundo terrible que la dibujante hizo brotar para convencer a los hombres de la crueldad de la guerra, apareció en torno suyo como la determinación apocalíptica de sus profecías. Al mirar las fotografías de la Alemania de hoy—hombres entre ruinas—parece que estuviéramos viendo una imitación grotesca de sus dibujos. Seguramente la artista hubiera preferido no haber tenido razon; pero los pueblos siguen a veces el destino desenfrenado de aquellos que los pierden más bien que la admonición de aquellos que tratan de salvarlos.



A la memoria de Karl Liebknecht

(*Kathe Kollwitz*)

Ya en aquellos años de mi estada en Alemania, era difícil encontrar reproducciones de los dibujos de Kathe Kollwitz. Los nazis habían comenzado a desterrar sus producciones, como ya lo habían hecho con las obras de tantos otros artistas como Barlach, Lehmbruck o Kokoshka. En su lugar, se veían en librerías y tiendas de arte, reproducciones de obras melosas y distraídas como la bailarina de Kolbe. Seguramente algunos se recordarán de una Exposición de reproducciones de Kathe Kolwitz que yo hice en Chile en 1937; no produjo grandes comentarios pero muchas personas se emocionaron ante el arte sincero de está mujer tan fuera de su tiempo y de su país. Actualmente se está celebrando en Nueva York una gran Exposición retrospectiva de su obra, la cual es a la vez un homenaje a su memoria. Todo ello denota una creciente preocupación por esta gran artista, uno de los pocos representantes de la «otra Alemania», que no logró imponerse y a la cual pertenecieron George Groz, Rilke, Ernst Toller y Thomas Mann.

En el arte de Kathe Kollwitz no encontramos el predominio de una tendencia determinada. Ella está situada, en forma pura, dentro de la tradición de Goya y de Daumier o de los grabadores alemanes de la Edad Media. Ella sencillamente expresó el dolor de la sala de espera del consultorio de su marido: el médico Kollwitz, que en los barrios obreros de Berlín cumplía una obra humanitaria. Se opuso a la primera guerra mundial y ella le arrebató a su hijo mayor; se opuso a la segunda guerra mundial y ella le arrebató a su patria. Luchó contra el espíritu prusiano y el nacionalismo arrogante de los que planean las guerras y entregó su adhesión a corrientes de abnegación social. No hay nada sentimental ni superficial en su obra. Su realismo arranca de experiencias elementales, de la existencia cotidiana exacerbada, del silencio hecho carne de los humildes. Sus dibujos expresan a la vez ternura y tortura. Hombres agarrotados, como entumidos por el aletazo del destino; mujeres y niños reducidos a sus más profundos estratos; ahí donde desaparece lo personal y anecdótico y queda solamente lo universal. A pesar de las diferencias, su obra se emparenta con aquella del escultor Barlach; pero éste expresa el misterio del hombre; Kathe Kollwitz, el supremo dolor, la angustia inicial y final. Toda su obra está traspasada de un gran aliento maternal, pero violento, urgente, como el imperativo obscuro de quien está siempre presintiendo una tragedia y que para evitarla apela al amor entre los hombres y a la solidaridad primordial. En la Exposición que se hace en Nueva York, la gente se asombra de la «actualidad» de sus dibujos. Allí se refleja el espanto de toda una Europa devastada y el vislumbre de una humanidad condenada a la destrucción, si acaso los hombres no se deciden a salvarse por ellos mismos.

Kathe Kollwitz comienza ahora a vivir más que nunca para una humanidad que no tiene tregua y que se agita entre el miedo y la esperanza. Su arte no es una ficción sino un planteamiento moral en medio de la realidad inmediata. Hemos de encontrar en la memoria de esta mujer admirable, la fuerza que sostiene y que redime.

H. DIAZ CASANUEVA

Ottawa, diciembre de 1945.